

CAPITULO XXXVIII.

Diego Mendez.



ALI empezaba tambien el rio que hoy se conoce con el nombre de Veragua.

En él habia dos canoas llenas de indios cuya mision parecia no ser otra que la de observar á los españoles.

La llegada de Mendez los desconcertó.

Se acercó á ellos y les habló por señas.

Aunque trataron de demostrarles que su único objeto era pescar, no tardó en confirmarse en sus sospechas.

Una de las canoas se acercó á la orilla; los indios que las tripulaban saltaron en tierra, y Mendez observó que iban llegando una multitud de indios, los cuales, á juzgar por su actitud y su número, se dirigian al puerto que habian colonizado los españoles, sin duda con el ánimo de sorprenderlos y anonadarlos.

Tal era, en efecto, su objeto.

Quibiam les habia mandado rodear las casas de la colonia, lo mismo que los buques anclados en el rio.

Desconcertado al ver que Mendez se acercaba á ellos, aplazaron la ejecucion de sus planes y le trataron con bondad para disipar sus sospechas.

—¿Qué vienes á buscar aquí? le preguntó el cacique que mandaba las tropas.

— Vengo á ver à Quibiam en nombre de mi jefe.

—Gran atrevimiento es el tuyo.

—¿Por qué?

—Porque Quibiam os ha dejado vivir en paz, con la sola condicion de que no entreis en su ciudad. Además, hace poco ha experimentado una gran desgracia, y podrá ser muy bien que pagueis vosotros su mal humor.

— No abrigo recelo alguno; llévame á su presencia.

El cacique mandó que los llevasen en una canoa por el rio hasta la desembocadura próxima al palacio de Quibiam.

La ciudad en que habitaba el rey de Veragoa estaba formada por muchas casas; pero á bastante distancia unas de otras, y separadas por espesos bosques.

La morada de Quibiam estaba situada sobre una colina.

Todos los alrededores de la ciudad estaban llenos de indios, y se notaban en todas partes preparativos de guerra.

La inesperada llegada de los dos españoles puso en gran inquietud á los indios.

Unima, que era el jefe de todas las fuerzas, apenas tuvo noticia de aquella intempestiva visita, envió un destacamento al encuentro de Escobar y de Mendez para impedirles que pasaran.

— En cuanto sepa vuestro jefe el objeto de nuestra venida, dijo Mendez, nos dejará pasar.

Al ver su insistencia, se presentó á ellos el mismo Unima.

—¿Quién sois? preguntó.

—Yo, dijo Mendez, soy cirujano. Mi señor ha sabido que vuestro rey sufre las consecuencias de una herida mal curada, y deseando su alivio, me ha enviado con un asistente á ponerle bueno. En prueba de que vengo de paz, que mi único deseo es seros útil, tomad estos regalos que para vuestro jefe os manda el mio.

Unima se apresuró á anunciar á Quibiam lo que pasaba, y no bien avanzaron algunos pasos, tuvieron que retroceder ante un espectáculo horroroso que se presentó á su vista.

Quibiam, en el colmo de la desesperacion por la pérdida de Lianata, habia enviado á sus soldados á las tribus vecinas que le eran hostiles, y habia logrado que le llevasen trescientos prisioneros.

Los trescientos habian sido degollados por órden suya, y sus cabezas, ensangrentadas todavía, formaban un círculo terrible en torno de la morada del rey de Veragoa.

Miéntas que se reponian, Quibiam, profundamente irritado al saber la llegada de los españoles, daba órdenes á Unima para que no les dejase pasar.

Antes de que salieran á obedecerle, llegó un espía anunciando que los españoles, á pesar de los obstáculos que les oponian, avanzaban.

—¿Quieren perecer á mis manos? exclamó Quibiam. Pues bien, perezcan.

Un confuso griterío llegó á sus oídos.

Todas las indias que habia reunidas en torno del palacio de Quibiam, al ver á los españoles acercarse á la morada de su rey, comenzaron á gritar desaforadamente, huyendo al mismo tiempo poseidas de un terror pánico.

Antes de que Quibiam se levantara para salir á castigar á los españoles, su hijo mayor, vigoroso, aunque adolescente todavía, se precipitó fuera de la morada de su padre, y lanzándose sobre Diego Mendez, le dió un golpe que le obligó á retroceder algunos pasos.

Dejándose llevar de su natural indignacion, hubiera Mendez atravesando con su espada á aquel insensato, que de una manera tan brutal le recibia.

Pero ni sus fuerzas eran bastantes para contener los im-

petus de aquel mozo: entre Escobar y él no podrian resistir el empuje de los indios, y les convenia averiguar lo que pasaba para volver á noticiárselo á Colon.

Sacó Mendez de su limosnero una cajita de unguento, y al ver á Quibiam, que se presentó en el pórtico de su palacio, le anunció que el único objeto que allí le llevaba era aliviar el dolor de su herida.

—Mi señor el almirante, le dijo, agradecido á tus bondades y seguro de tu amistad, me ha enviado á cuidar tu salud.

Quibiam pudo contenerse, y para no despertar sospechas en los españoles, les hizo entrar en su morada.

Mendez apaciguó al jóven indio hijo de Quibiam dándole un peine y un espejo, y enseñándole á usarlos.

Esto sorprendió en extremo al indio, y tanto él como los demas que se hallaban próximos al palacio, pasaron el tiempo sumamente entretenidos con aquellos objetos, que tanto les embelesaban.

Quibiam manifestó á Mendez que no queria aceptar sus auxilios, y le dió órden para que se alejara en seguida, porque de lo contrario no podria contener la furia de sus vasallos.

Lo que habian visto bastaba á los dos españoles para asegurarse de la actitud hostil de Quibiam.

Uno de los indios, prendado del espejo y del peine, se acercó á pedir objetos como aquellos á Escobar.

—Ven con nosotros, le dijo, y tendrás cuantos quieras.

Seducido por esta esperanza los acompañó el indio, y durante el camino pudieron averiguar por él las intenciones de su soberano.

Supieron que el proyecto de Quibiam era rodear los buques y las casas de los españoles á favor de la oscuridad de la noche y asesinarlos á todos.

Con inmensa ansiedad esperaban el almirante y los demas españoles á Mendez y Escobar.

Cuando los vieron llegar y oyeron de sus labios la descripcion de los preparativos que hacia Quibiam en contra suya; cuando el indio afirmó lo que decian los emisarios, Bartolomé, que hasta entónces no habia dudado de Quibiam, dijo:

—Es necesario ganarle por la mano. Yo mismo voy á partir con algunas fuerzas hasta la residencia de Quibiam; me apoderaré de él, de su familia y de los principales jefes de sus tropas, y llevándolos á España, los demas indios, súbditos de los Reyes Católicos, servirán de criados á los que queden establecidos en la colonia.

Hizo algunas objeciones Colon á los proyectos de su hermano; pero animado éste por Mendez y algunos otros capitanes, no tuvo más remedio que acceder á sus deseos.

Eligió ochenta hombres, entre los que iba Diego Mendez, y con ellos y con el indio, que halagado por la idea de tener el espejo habia revelado los planes de su rey, avanzaron en los botes, y por la costa llegaron á la embocadura del rio Veragoa, desembarcaron, y ántes que los indios pudieran apercibirse de su llegada, comenzaron á subir la cuesta que conducia á la morada del rey.

CAPITULO XXXIX.

Astucia de los españoles.



ORPRENDIDO Quibiam, hubo un momento en el que resolvió jugar el todo por el todo.

Pero aunque él tenia valor bastante para arrostrar las consecuencias de aquella lucha, no confiaba ni en la astucia ni en la pericia de sus caciques y soldados. Llamó á Unima.

—Es necesario que los españoles no penetren hasta aquí, le dijo.

—¿Cómo estorbarlo si ya se encuentran á muy corta distancia de tu morada y vienen resueltos á penetrar en ella?

—Suplícales en nombre mio, dijo de pronto Quibiam, que que se detengan.

—¿Y qué pretexto darles para fundar nuestra súplica?

—Diles que no es por miedo por lo que no quiero recibirlos, sino porque soy muy celoso y no quiero que vean á mis mujeres.

Corrió Unima a participar á Bartolomé Colon el ruego de Quibiam.

El adelantado no hizo caso alguno.

Pero temeroso de que si notaban en él actitud hostil los indios le obligasen á empeñar una lucha, ó por lo ménos que se le escapase Quibiam de sus manos, dispuso que sus tropas quedaran á corta distancia, y dijo á Unima:

—Anuncia á tu soberano que, aunque deseaba verle, renuncio á esta satisfaccion.

Corrió el guerrero á participárselo al gran cacique, y mientras tanto Bartolomé Colon, con Diego Mendez y cuatro hombres más, resolvió subir á la colina en donde estaba situado el palacio de Quibiam, pero con la mayor cautela.

—Vosotros, les dijo, me seguireis de dos en dos, y á cierta distancia, ocultándoos todo lo posible entre las malezas.

Al mismo tiempo encargó al jefe á quien confió el mando de las tropas, que apenas oyese un disparo de arcabuz, rodease con sus soldados la morada de Quibiam, á fin de que no pudiese escaparse.

Bartolomé y los cinco que le acompañaban comenzaron á subir la cuesta.

Otro emisario de Quibiam salió á su encuentro á suplicarles que no llegasen hasta su palacio, puesto que si tenían empeño de verle, saldria á recibirlos.

Hízolo así en efecto, sentándose en el pórtico de su morada.

No tardó en llegar á su presencia Bartolomé.

Antes de presentarse á Quibiam, dijo á Diego Mendez á sus soldados:

—Vosotros quedaos á cierta distancia y observad bien mis movimientos.

—¿Qué pretendéis hacer? preguntó Mendez.

—La empresa es arriesgada, y es necesario emplear la audacia para salir triunfantes.

—Yo debo acompañaros.

—De ninguna manera.

—Ved que si sospecha nuestras intenciones va á apoderarse de vos y no nos dará tiempo para socorreros.

—Al verme solo no se atreverá á nada, porque no sospe-

chará mis proyectos. Me acercaré á él, le hablaré con la mayor cordialidad, y cuando me veais cogerle del brazo, acudid en seguida para prestarme auxilio.

Bartolomé se adelantó hácia Quibiam y le saludó con la mayor cortesía.

El rey indio se excusó con él por nó haberle permitido penetrar en su morada.

—Nada importa, dijo Bartolomé: mi único deseo era veros, enterarme de vuestro estado, prodigaros toda clase de auxilios, y manifestaros que nuestro jefe y todos nosotros estamos dispuestos á ayudaros en cuantas empresas acometáis contra vuestros enemigos, porque la benévola acogida que nos habeis dispensado ha despertado en nuestra alma la más profunda gratitud.

Estas palabras hicieron á Quibiam fijar una escrutadora mirada en el adelantado.

Pero sin duda no observó bien, porque despues de examinarle pareció más tranquilo.

Hablaron algun tiempo más, y el adelantado elogió la fertilidad de aquel suelo y las riquezas de sus minas.

Quibiam, por pura cortesía, le hizo varias preguntas acerca de su país, á las que Bartolomé contestó con afectuosidad.

Quería el adelantado encontrar cuanto ántes la ocasion que buscaba, y le dijo de pronto:

—El almirante ha enviado un cirujano para que curase vuestra herida; pero, segun parece, no habeis querido recibirle.

—Era inútil su presencia; yo poseo el secreto para curar todas las heridas.

Bartolomé realizó su proyecto.

—¿Y la teneis aquí, en el brazo? dijo acompañando la accion á la palabra.

Apénas vieron los españoles á Bartolomé apoderarse del brazo de Quibiam, corrieron cuatro de ellos á sujetar al cacique en medio del estupor de los indios, y el quinto hizo la señal consabida, disparando el arcabuz.

Cogido en el lazo Quibiam, quiso desprenderse de sus enemigos, que tan negra traicion le habian hecho, y forcejeó como un desesperado para desasirse de las manos de Bartolomé Colon.

Pero sus nervudos dedos le sujetaban como si fuera una plancha de hierro, y siendo entre ambos hombres corpulentos y de valor, trabaron una desesperada lucha.

Al oír el disparo huyeron amedrentados casi todos los indios.

Sólo algunos leales amigos de Quibiam, entre los que se hallaba Unima, acudieron á socorrerle.

Pero Diego Mendez logró dispersarlos, y con auxilio de sus otros compañeros ató á Quibiam de piés y manos.

Los demas soldados españoles rodearon la morada de Quibiam, penetraron en ella y aprisionaron á todas las mujeres y servidores que hallaron á su paso.

Irayba y sus hijos entraron en el número.

Como no opusieron resistencia no tuvieron necesidad de hacer uso de las armas, y como si fueran corderos los llevaron hasta donde aguardaban los botes para conducirlos á las carabelas y trasladarlos á España, miéntras los españoles que quedasen se apoderaban por completo del territorio.

Imposible es pintar la indignacion que se apoderó del ánimo de Quibiam.

Los españoles le habian ganado por la mano, y no les perdonaba la habilidad con que habian verificado su captura.

A partir de aquel momento, no deseaba más que la libertad para consagrar el resto de sus dias en el exterminio de

sus enemigos; y aunque encadenado, todavía abrigaba la esperanza de romper las cadenas, de excitar al combate á sus vasallos y de vengar la felonía que acababan de cometer con él.

Entre tanto las mujeres de los vasallos de Quibiam, prisioneras, prorrumpieron en desesperados lamentos, implorando su libertad y la de su jefe, y ofreciendo á los españoles en cambio un tesoro que, segun indicaban, tenian guardado en una de las selvas próximas á la playa.

Bartolomé Colon rehusó sus ofrecimientos.

La captura de Quibiam era más importante para los españoles que los tesoros que pudieran ofrecerles los indios.

Animado por esta creencia, para evitar que los indios pudieran reponerse y salir á su encuentro, se apresuró á embarcar á los prisioneros y se quedó con la mitad de su gente en tierra para perseguir á los que habian logrado escaparse.

Era de todo punto necesario un hombre de confianza, de valor y defuerza para que se encargase de la custodia de Quibiam.

Acompañaba al adelantado Juan Sanchez, uno de los mejores pilotos de la escuadra, hombre de bríos y muy afecto á los Colones.

—Yo me encargo de conducirle hasta las carabelas, y respondo de él con mi vida.

—Ten mucho cuidado, le dijo Bartolomé, porque es astuto y fuerte, y nada tendrá de extraño que intente una evasión.

—Tan seguro estoy de que no se me escapará, que consiento, si tal sucede, que me arranquen la barba pelo á pelo.

Para cumplir su palabra amarró al cacique fuertemente á uno de los bancos del bote, y las pequeñas embarcaciones se pusieron en marcha.

Era ya de noche, y una densa oscuridad envolvía el espacio.

Quibiam realizó á su vez un proyecto que habia concebido.

—Si algc me consuela en medio de mi afliccion, dijo á Juan Sanchez, es el haber caido en tus manos, porque todo revela en tí un hombre valeroso y de nobles sentimientos.

—No te engañas, dijo el piloto pavoneándose.

—Si todos fueran como tú, añadió Quibiam, ninguna resistencia habriais hallado en mí. Sin necesidad de que hubierais venido á prenderme, yo mismo me hubiera entregado, poniéndome á vuestras órdenes.

Juan Sanchez era vanidoso, y estas frases laudatorias del cacique le hicieron muy simpático á sus ojos.

Al poco rato comenzó á quejarse Quibiam.

—¿Qué es lo que tienes?

—Me aprietan mucho las ligaduras. Bien podias hacerme el favor de aflojarlas un poco.

—Si no es más que eso, con tal de que yo tenga sujeto el cabo de la cuerda que te oprime las manos, es bastante; no podrás escaparte aunque lo intentes.

—Así lo creo, y no lo intentaré; pero duélete de mí y alivia el dolor que sufro.

Juan Sanchez le desató del banco, y no abandonó desde entónces la cuerda.

Unos cuantos minutos trascurrieron, durante los cuales no hizo un solo movimiento Quibiam.

Pero aprovechando una ocasion en que Juan Sanchez, llamado por otro de sus compañeros, se distrajo un instante, se arrojó al agua, produciendo un ruido que estremeció á los tripulantes.

Fué tan violento el impulso que tomó, que cogiendo desprevenido á Juan Sanchez, éste se vió en peligro, é instintivamente soltó la cuerda.

La oscuridad de la noche y las medidas que iba á tomar

para que los otros prisioneros no se escaparan, fué causa de que lograse Quibiam la libertad sin persecucion de ningun género.

Desesperado Juan Sanchez, y no queriendo perderlo todo, se apresuró á llegar á las carabelas para entregar los cautivos al almirante.

Avergonzado de lo que le pasaba, ofreció, si llegaba con bien á España, abandonar el mar para hacerse fraile.

Más tarde cumplió esta promesa.

Miéntas que avanzaba al rio de Belen el jactancioso piloto, Bartolomé Colon continuaba la guerra persiguiendo á los indios.

Estos se refugiaron en las montañas, y entónces volvió adonde estaban sus hermanos con los objetos que habia encontrado en el palacio de Quibiam, que eran brazaletes, láminas de oro y coronas del mismo metal.

Cristóbal Colon concedió á su hermano una de las coronas como trofeo de su hazaña.

No le consoló esto, sin embargo, de la desaparicion de Quibiam.

CAPITULO XL.

Desastres en la colonia de Veragoa.



QUIBIAM no habia perecido.

Y sin embargo, al arrojarse al agua habia creído su muerte segura, porque atados sus piés y sus manos no podia nadar.

La muerte era preferible á la esclavitud.

Pero no bien se lanzó al agua cuando sintió cerca de sí una mano poderosa, que con ayuda de un guijarro, aunque trabajosamente, cortó las ligaduras de sus manos y sus piés, permitiéndole subir á la superficie del agua y reconocer á su salvador.

Era Unima.

Unima, su valiente caudillo, que habia logrado libertarse de los españoles, y seguro de que Quibiam haria desesperados esfuerzos para salir de las garras de sus opresores, habia seguido las endeble barquillas para poder prestarle auxilio.

Aunque con grande dificultad lograron llegar á la playa, y descansando en ella breve tiempo, subieron por atajos al palacio de Quibiam, de donde acababan de salir los españoles, llevándose todo cuanto en él habia.

Pensando que los indios se habian refugiado en las montañas, corrieron los dos caciques á ellas para animarlos y tender una segunda emboscada á los españoles, haciéndoles pagar en ella los horrores que habian cometido con los habitantes de Veragoa.

Una abundante lluvia aumentó las aguas del rio Belen, y las embarcaciones de Colon, que estaban poco ménos que enmalladas, salieron á flote, con cuyo motivo el almirante volvió cuanto ántes á la Península á dar cuenta á los reyes de sus descubrimientos, y á presentarles las riquezas que llevaba y los prisioneros de aquel rico país.

Dispuso que quedaran la mitad de los españoles en la colonia á las órdenes de su hermano; dió á éste sus instrucciones, le dejó víveres y una carabela, y partió con los restantes.

Grandes dificultades tuvo que vencer para atravesar la barra, y aun despues de haberla atravesado se vió en la necesidad de esperar viento favorable á una legua de la costa.

Colon habia proyectado dirigirse desde luego á la Española, confiar al gobernador de la isla el establecimiento de la colonia, pedirle que enviara provisiones y refuerzo á su hermano, y partir en seguida á España á disfrutar del nuevo triunfo que se prometia.

Pero viéndose obligado á permanecer estacionado cerca de la barra, quiso comunicar nuevas órdenes á Bartolomé, y envió un bote al mando de don Diego Tristan, capitán de una de las carabelas, el cual se puso inmediatamente en marcha para volver á la escuadra del almirante á desempeñar su misión.

Cuando llegó á la colonia, un terrible espectáculo se presentó á su vista.

Quibiam y Unima habian animado á sus vasallos, habian encendido en su alma la sed de venganza que les devoraba, y cautelosamente, como la hiena atravesando los bosques, llegaron con sus flechas envenenadas hasta los alrededores de la colonia.

En torno de ella habia espesos bosques, por los cuales pudieron acercarse sin ser vistos.

Los españoles, confiados en que había perecido Quibiam y en que los indios estaban amedrentados, vivían con la mayor tranquilidad y confianza.

De pronto se presentaron millares de indios en la colonia, prorumpiendo en terribles alaridos y disparando una nube de flechas sobre los españoles, que se asomaron á ver qué era lo que producía aquella gritería.

Algunos fueron heridos.

El adelantado cogió sus armas, y poniéndose al frente de ocho ó diez hombres, salió al encuentro de los indios, al mismo tiempo que Diego Mendez con otros varios de sus compañeros arremetió contra ellos, logrando dejar en tierra á muchos y poner en fuga á los demas.

No contentos aún, los persiguieron hasta por los intrincados bosques; pero los indios, animados por Quibiam y Unima se reponían, volvían á disparar sus flechas, y en uno de estos encuentros fué herido en el pecho el adelantado.

Los perros de presa ayudaban á los españoles, y el campo quedó sembrado de cadáveres.

De los soldados de Bartolomé sólo sucumbió uno, quedando heridos diez ó doce.

Diego Tristan, que presencié el combate, no se atrevió á acercarse á tierra, temeroso de que se precipitaran los indios sobre su embarcación y lá echaran á pique.

Al desaparecer entre los bosques los combatientes, siguió la corriente del río para aguardar el resultado del combate.

Acompañábale Juan de Noya, tonelero de Sevilla, y éste, hombre prevenido, aconsejó á Tristan que no prosiguiese la marcha, porque el río estaba acanalado, las orillas cubiertas de espesos é impracticables árboles, y careciendo de desembarcadero, si, como pensaba, las canoas indias le rodeaban, iba á verse en gran apuro.

Tristan desoyó su consejo y siguió la marcha.

Aun no habían andado media legua, cuando vieron llegar por todas partes ligeras canoas, y asomar á la orilla multitud de indios con flechas y lanzas, que arrojaron á los españoles.

Iban á bordo ocho soldados, que con sus arcabuces hubieran podido ahuyentarlos.

Pero la sorpresa, el temor al ver que no podían huir por ningún lado, y las lamentaciones de Juan de Noya les hicieron desmayar, y en vez de emplear sus armas ofensivas, sólo hicieron uso de las espadas para librarse de las saetas que les dirigían.

Diego Tristan recibió muchas heridas, y sin embargo, mientras pudo sostenerse, alentó á los soldados para que hiciesen al ménos pagar cara su vida á los indios.

Un venablo, lanzado por un indio, le atravesó las sienes y cayó muerto.

Entónces se atrevieron los indios á acercarse más y más, y comenzó el combate cuerpo á cuerpo.

Delos tripulantes del bote sólo pudo salvarse Juan de Noya, que cayó al agua en medio de la acción, pudo llegar á la orilla sin ser visto y huir con dirección á la colonia.

Por él supo Bartolomé la muerte de Diego de Tristan y de sus demas compañeros.